



Montanari, T.

Se amore guarda. Un'educazione sentimentale al patrimonio culturale

Turín: Einaudi, 2023

Tomaso Montanari, historiador del arte que actualmente ocupa el cargo de rector en la Università degli Stranieri di Siena, es una figura de referencia cuya labor profesional ha estado unida a su compromiso político. Montanari encarna al intelectual que no rehúye el debate público.

Preocupado por el patrimonio cultural italiano, Montanari ha escrito numerosos libros y artículos ejerciendo una labor crítica contra la dejación, el mal uso y el abuso en su gestión por parte de diversas instituciones y cargos públicos y privados, pero también ofreciendo propuestas de mejora y soluciones. En esta línea de trabajo se encuadra su último ensayo, objeto de la presente reseña.

Este, de extensión breve, se articula en siete capítulos, con un texto introductorio y una compilación de las fuentes manejadas (más de sesenta) y citadas a lo largo del texto, al final. El modo en que engarza los diferentes capítulos resulta de gran eficacia en su aparente naturalidad: la última idea expresada al final de cada capítulo sirve de apertura temática al siguiente, con un sentido orgánico acorde con la concepción del patrimonio que proponga su autor. Del mismo modo, casi con total simetría, sitúa la frase que sirve de título al libro, *se amore guarda* ("si el amor mira"), al comienzo, a la mitad y al final del texto –en este último caso de manera implícita–; la cita, tomada de Carlo Levi, se convierte en un verdadero *leitmotiv*, funcionando como una bisagra sobre la que pivotan las argumentaciones de Montanari en torno a su defensa de una *educazione sentimentale al patrimonio culturale*. Además, todo su discurso está construido sobre una nutrida –y nutritiva– compilación de citas que se remontan a la Antigüedad y llegan hasta el presente; sus autores escribieron, de un modo u otro, sobre lo que modernamente se ha denominado "patrimonio". Alzado "a hombros de gigantes", Montanari logra persuadir al lector por medio de una prosa ligera, a veces teñida de cierto tono poético, de la tesis del libro: el patrimonio cultural ofrece una vía para humanizarnos.

Palabras de Italo Calvino abren el primer capítulo, *Un altro tempo*, en el que se especula sobre la naturaleza temporal de los bienes patrimoniales. Frente al presentismo imperante, frente a la "dictadura de la actualidad" (trad. Sánchez Rivera, J.A.), el legado cultural del pasado nos abre los ojos ante la riqueza y la diversidad de la alteridad: otros tiempos pretéritos que se hacen presentes, que reviven gracias a un sentimiento de amor por ese legado transmitido de generación en generación. A propósito, podría recor-

darse la célebre reflexión de Marcel Proust: “Únicamente a través del arte podemos salir de nosotros, saber lo que otro ve de ese universo que no es el mismo que el nuestro (...”).

En el segundo capítulo se pone de relieve la importancia de la experiencia directa con el patrimonio cultural, del contacto físico, material, corpóreo entre las personas y los bienes atesorados durante décadas y siglos. En un tiempo en que la virtualización del mundo parece el nuevo paradigma que todo lo impregna, que todo lo fagocita, esta suerte de “comunión laica” con el patrimonio parece un *desideratum* urgente, una llamada de atención a no perder ese contacto esencial y necesario. Generar una “intimidad colectiva” (p. 18) en torno a esta herencia es una aspiración para el autor, que escribe con emoción de su ciudad, Florencia, pero que también tiene palabras para Venecia, Roma o Nápoles.

La concepción del patrimonio cultural como un gigantesco palimpsesto constituido por presencias y ausencias, por restituciones y pérdidas, vertebría el tercer capítulo. El conocimiento del pasado siempre será parcial, cuajado de ausencias, de heridas curadas o abiertas, y, en consecuencia, según advierte el ensayista, conocer nuestro patrimonio cultural es “ir la escuela de la imperfección, del compromiso, de la aceptación de límites” (p. 33).

El capítulo *La storia dei senza storia* reivindica el papel de una infinidad de personas anónimas que han contribuido a la gestación, construcción y preservación del patrimonio cultural a lo largo del tiempo. Al hablar, por ejemplo, de la Capilla Brancacci pintada por Masaccio, Montanari recuerda que en ella resuena “el eco envolvente de una suma de pasos, miradas, luchas, indiferencias, amores” (p. 48), abundando en la idea generativa de su ensayo, la de una educación sentimental en torno a esa experiencia colectiva que ofrece el patrimonio.

Para el autor, el patrimonio cultural y la historia del arte se presentan como un territorio conflictivo, planteamiento que desarrolla en el siguiente apartado. Conflictos derivados de las luchas por su propiedad, por los intereses en torno a su poder en la conformación de las identidades personales y, sobre todo, colectivas, o conflictos nacidos de las inevitables diferencias entre el pasado y el presente. El texto defiende así un concepto de patrimonio cargado de ideología, de simbolizaciones, cuya riqueza es “ontológicamente irreductible a la lógica del pensamiento único” (pp. 65-66).

Enlazando con las reflexiones precedentes, el sexto capítulo viene a reforzar la concepción de que la herencia cultural es resultado de la mezcolanza, la hibridación, alejándose de toda idea de pureza identitaria; de este modo, el discurso en torno al patrimonio debiera de ser “fragmentado, poroso, discontinuo e inclusivo” (p. 70). Como bien argumenta el autor, las costumbres que consideramos más “nuestras” no son sino el resultado de lo aprendido –y asimilado– en los “otros”. Llevando esta afirmación a nuestro país, y poniendo como ejemplo ilustrativo a Madrid, pensemos en tres elementos icónicos de su patrimonio considerado más castizo: las armaduras cubiertas por pizarras en forma de chapitel, la Puerta de Alcalá o el chotis; todos ellos fueron antaño importaciones culturales de otras latitudes que se hibridaron y adaptaron al contexto madrileño (de la arquitectura flamenca, de la Roma tardobarroca asimilada por Sabatini o de un baile de origen escocés –scottish–, respectivamente).

El último capítulo, recopilatorio y conclusivo, invita a caminar “a paso humano” por las ciudades italianas, comprendiendo su tejido urbano en toda su riqueza y complejidad, “en la infinita cadena de relaciones, contactos, encuentros y mestizajes que llamamos historia” (p. 99). Aboga Montanari por una educación sentimental en el patrimonio cultural, una educación crítica y transformadora que nos lleve a cultivar sus valores más nobles. El amor por este legado es, para el autor, un verdadero camino hacia el (re)conocimiento de nuestra humanidad. Al final, la idea que sobrevuela continuamente en el libro nos trae al recuerdo un lema de inspiración latina empleado por los orfebres Castellani en el siglo XIX: *Ubi amor, ibi anima*.

Jesús Ángel Sánchez Rivera | Universidad Complutense de Madrid

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5552>